

Augusto Ferrero

Thomas Mann y la música

En el norte de Alemania, casi a orillas del Báltico, donde en el Medioevo se constituyó la Liga Hanseática, se encuentra la ciudad de Lübeck, poseedora de importantes monumentos históricos, entre los que destaca la puerta Holstentor, una de las insignias nacionales que aparecía en los billetes de marcos alemanes.

La localidad tiene particular importancia para la historia de la música, pues el gran compositor Dietrich Buxtehude fue el organista de la Marienkirche. En forma independiente fueron allí a visitarlo Bach y Handel, como homenaje de admiración y con la velada intención de sucederlo dada su avanzada edad. Para conseguir el objetivo, era costumbre de la época desposar a la hija del maestro. Como ella era diez años mayor que los dos, ninguno se sintió animado a cumplir la condición.

Pero también tiene significación para la literatura. En este pueblo se encuentra la casa Buddenbrook, la inspiradora de la novela de Thomas Mann del mismo título que le significó que lo honraran con el Premio Nobel de Literatura en 1929.

En ella, el laureado escritor y su hermano Heinrich pasaron momentos trascendentes de su vida. Eran hijos del senador de la ciudad, quien murió en 1891. El suicidio de una hermana afectó sus vidas. Vivieron un tiempo en Italia y años después en Suiza, Francia y California, a escasa distancia uno del otro. Estuvieron a favor de la República de Weimar y, durante el período nazi, lucharon denodadamente contra él desde el exterior.

Heinrich nació en 1871 y Thomas en 1875. A la muerte del primero, en 1950, el segundo lo sobrevivió hasta 1955. Una biografía publicada sobre ambos por Koopmann nos habla de la crítica de Heinrich a Thomas por su “obsesión insana por hurgar en el interior del propio yo”, mientras el último increpaba a su hermano su existencia disipada. El autor nos dice que nunca hubo una relación fraterna entre ellos, sino más bien amarga competencia sin cuartel. Tuvieron tantos distanciamientos como reconciliaciones. Quizás conviene destacar, a manera de epílogo, que cuando murió Heinrich la corona de flores enviada por Thomas llevaba la siguiente inscripción: “A mi hermano mayor, con amor”.

La famosa película *El ángel azul*, con Marlene Dietrich, se basa en la novela del mismo nombre, sobre el profesor Unrat, de Heinrich Mann. Además de *Los Buddenbrook*, Thomas Mann dejó grandes obras literarias como *Doctor Faustus*, *La montaña mágica* y *Muerte en Venecia*. Esta última, al identificar la crítica al autor con el personaje Gustav von Aschenbach hizo que se magnificara su homosexualidad, por lo que protestó su hija Elizabeth. En el célebre filme de Lucchino Visconti basado en la obra de Mann, nos mortificó mucho la indirecta relación que se hizo de Gustav Mahler con el protagonista, cuando Gustav —del mismo nombre— interpreta al piano la música del ilustre compositor como propia.

En Buddenbrookhaus encontramos algo clásico del lugar. Lübeck se caracteriza por importar vino de Burdeos a granel para embotellarlo, con indicación del origen pero con marca de la casa embotelladora. Compramos una botella de vino blanco y otra botella de vino tinto, marca Buddenbrook, en las cuales pudimos comprobar que mantenían bien el sabor bordelés.

En la casa Buddenbrook se realizan conversatorios sobre la relación de Thomas Mann con la música, arte que tuvo mucha influencia en el escritor. Él era consciente de que para gozar de ella y conocerla bien había que escucharla con persistencia. Esta afirmación la hemos experimentado muchas veces. Conocedores de las melodías inmortales de Wagner, pasamos diez años de nuestra vida escuchando exclusivamente su música para merecer ir al templo de Bayreuth y entender a cabalidad sus óperas. Lo mismo hicimos para disfrutar de Stravinsky y con las obras que desconocíamos antes de asistir a sus presentaciones en el teatro.

Thomas Mann se sintió fascinado por el gramófono. Según relató en su diario, escuchaba mucho la obertura de *Tannhäuser*, el final de *Aida* —que tituló “muerte de amor italiano”— y a Caruso, Battistini, Ruffo y Melba, que fueron las primeras voces que aparecieron en disco. Su retorno a ciertas composiciones, como nos ocurre frecuentemente, estaba impulsado por la curiosidad de descubrir algo nuevo en lo que creemos conocido y dominado. Nos complace coincidir nuevamente con Mann en ello, así como cuando dice escuchar la música en la vida cotidiana mientras está con la familia o conversando con amigos como parte del ambiente que lo rodea. Su hija Érika contaba sobre el placer que le producía a su padre cantar y silbar, sobre todo partes de *Lohengrin* y *Aida*.

Por la radio, escuchó *Lohengrin* en Bayreuth dirigido por Furtwängler. Sobre este hecho anota: “fanfarronadas y anun-

cios fatales”. De la presentación, se concentra en la presencia de Hitler, “el vil idiota que goza de la romántica heroína, mientras los trabajadores socialistas son torturados: asqueroso”. Lamentó que su amada música de Wagner, a la que él llamaba en el exilio su “patria musical”, estuviera relacionada con los terribles sucesos de la época.

En Buddenbrookhaus adquirimos un disco compacto en el que Thomas Mann habla de música e incluye su “concierto soñado”. Es una síntesis de un programa que hizo para la radio, en el cual, por razones de espacio, omitió la sinfonía de Franck y el *Trío* opus 99 de Schubert. Están el *Preludio* del primer acto de *Lohengrin*, el *Preludio de la siesta de un fauno* de Debussy, el *Winterreise* de Schubert y la *Obertura Leonora Nº 3* de Beethoven. El gran novelista describe cada una de las obras. Del *Preludio* de *Lohengrin* nos dice que lo oye con emoción y que le produce llanto. A la obra de Schubert la califica de incomparable ciclo musical, inesperado y ansioso. Del *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven, que no incluyó en el programa, decía que le producía una alegría sin límites; que es la misma que nos viene proporcionando a nosotros desde que a los diecinueve años dimos una vuelta al mundo durante seis meses, acompañados de un disco de vinilo rojo transparente de dicha obra ejecutada por Yehudi Menuhin y dirigida por Wilhelm Furtwängler.

Adicionalmente, una vez detalló en una revista sus discos favoritos, y agregó a los mencionados las versiones de su amigo Bruno Walter —con quien se tuteaba— del *Concierto de violín* de Mendelssohn con Nathan Milstein, del primer acto de *La valquiria*, de la sinfonía *Heroica*, así como de oberturas y vales de Strauss y partes de *Wozzeck* de Alban Berg. De Toscanini, a quien también frecuentó, decía que lo hacía sentir una “exactitud inexorable, casi molesta”, pero que admira-

ba su obra artística, la cual calificaba, al igual que su posición política, de verdadera instancia moral, sin compromisos. A Knappertbusch le reconocía una sobresaliente intuición, pero señalaba que era un músico incontrolable y extraño.

El impacto que nos dejó Lübeck —no perderse el restaurante de los marinos Schiffergellshaft de 1535— y la casa Buddenbrook nos llevó a leer impulsivamente la novela sobre la saga de esta familia. A un amigo le escuché decir que era una de las pocas novelas globales. Gran verdad. Pasamos dos meses embebidos de su argumento. Sentimos como propios el decaimiento y los sufrimientos de los Buddenbrook.

En el ejemplar que leí encontré un resumen de la obra escrito por mi madre. Por el texto expositivo comprendimos, sin duda, que lo presentó en su club del libro. Guardamos con unción este *cimelio* familiar.